

HECTOR ROJAS HERAZO O LA ANGUSTIA COSMICA

Escribe: JOSE RAUL ARANGO

Toda obra crea, de por sí, un rigor y una constante que la definen. De la madurez que relacione ese rigor y esa constante, ha de surgir, inevitablemente, la calidad humana del poema, el cuadro o la partitura. Si los orígenes vitales que determinaron la creación de la obra fueron auténticos, el hombre y el artista van a adquirir —que es esta una condición fijada por las más disímiles circunstancias— proyección, riqueza e influencia propias. Claro que estos elementos son producidos, a su vez, por el espíritu de la época, el reflejo de la personalidad del artista, y la tendencia expresiva que va a fundirlos. El arte recomienza así, desde la baraja de los tiempos y las edades, la infinitud de sus designios.

Vamos a hablar de la obra poética de Héctor Rojas Herazo. En ella la constante es la agonía. El rigor, la hondura sinfónica de la expresión. Ambas apreciaciones se condicionan y explican mutuamente. Sin embargo, lo más importante de su obra es lo volcánico del testimonio. Su magisterio de impacto y poderío. Su agudeza nominadora. El prepara en el advenimiento del caos, una tea de belleza que purifica y alienta. Indaga las tesis de lo posible y consigue hallar, por encima de leyes, estirpes y temperamentos, la continuidad de un sistema irreductible: la experiencia como origen de la verdad. No puede resignarse a ver la atribulación del hombre, que como un agua de infinitos laberintos, consciente de su profundidad y su circunstancia, gira cautiva de su propia evidencia.

La agonía de un mundo reseca por la angustia y el desconcierto, donde se avanza a golpes, dejando pedazos de vida crucificados sobre lo imposible, se proyecta honda e insistentemente en su poética, cobrando la estatura de una autenticidad única. Esa agonía se nos aferra al alma como un ácido y crea un clima de soledad. Llega así el poeta a esa propiedad de comunicación que va a plantarnos ante la realidad y el misterio. Apenas bosquejado por un verso, y aún más, por el título, el poema nos conduce a un mundo donde unas veces la emoción se remansa en gracia de una textura transparente, esplendorosa, casi etérea, (Tu cabello era música dibujada en tiniebla) o se agita cruzada por destellos, vibraciones y vértigos sin nombre: (Han desnudado un dios entre mis aguas, / entre mis venas han degollado un dios / y han puesto en mis rodillas / el filo de una temible claridad). Descubrimos en esta poesía, que nuestra sangre tiene aún caminos insospechados, que nuestra emoción todavía es capaz de mayor fusión e intensidad, que nuestras palabras pueden hallar

otras parcelas donde cultivar su grandeza. Porque, ante todo, hay que admirar en Rojas Erazo, su capacidad para alinear maravillosamente la amplitud del concepto y la precisión del vocablo, su técnica para equilibrar el fondo y la forma sin que vayan a producirse dislocamientos o artificios. En este sentido —y en la resonancia desbordante que modula sus poemas— se somete a la influencia de St. John Perse. El Perse de Exilio, Mares y Anabasis. El poeta que revive en sus versículos la más honda claridad de las palabras y del universo. Esa característica esencialmente sinfónica de la poesía Pérsica, se transparenta en más de una vez sobre la poesía de Rojas Herazo, pero sin que por ello pierda originalidad y belleza. Sobre estas cuestiones de las influencias literarias vale la pena recordar aquella página de Borges, (*La Flor de Coleridge. Otras Inquisiciones*. Págs. 19 a 23) en la cual prueba con observaciones más o menos convincentes, que muchos escritores han recurrido a citas, páginas y entonaciones ajenas, sin que esta actitud haya mermado la importancia de unos o de otros. En el caso de nuestro poeta, cualquier posible influencia queda catalizada por su facultad reveladora. Esa revelación es lograda a través del paisaje como interpretación del hombre y de lo visceral como potestad cósmica. En sus poemas aparece como telón de fondo, como plano que avasalla y asombra, la presencia del paisaje ramificándose, cerrando o apartando velos, creando y destruyendo situaciones. Rojas Herazo —son palabras de Vintila Horia en su introducción a la *Poesía Italiana Contemporánea*, —refiriéndose a Dino Campana, pág. 18— vive la poesía, la transforma en regla cotidiana de existencia. Hay una implicación de compromiso, irremplazable en la necesidad de su contenido, dualista en su influencia estética y humana, que reaviva la hondura de esta norma. Concluimos entonces, —para calcar el concepto en la expresión de Heidegger— que el poeta busca la fundamentación del ser en el paisaje, en la mística de la naturaleza. Pero no un paisaje que desplaza la acción del hombre, sino que la confirma, exaltándola en la multiplicidad de sus valores. No resisto a la tentación de copiar en su integridad, uno de los más breves y bellos poemas de su libro *Agresión de las formas contra el Angel*, intitulado *Súplica de Amor*:

*Por mi voz endurecida como una vieja herida;
 Por la luz que revela y destruye mi rostro;
 Por el oleaje de una soledad más antigua que Dios;
 Por mi atrás y mi adelante;
 Por un ramo de abuelos que reunidos me pesan;
 Por el difunto que duerme en mi costado izquierdo
 Y por el perro que le lame los pómulos;
 Por el aullido de mi madre
 Cuando mojé sus muslos como un vómito oscuro;
 Por mis dedos culpables de todo lo que existe;
 Por la gozosa tortura de mi saliva
 Cuando palpo la tierra digerida en mi sangre;
 Por saber que me pudro:
 Amame.*

El amor toma aquí una posición completamente desusada. No es ya el amor que se adormece entre lunas y palomas. Es el amor que grita y se retuerce como los cipreces alucinados de Van Gogh. Es el amor que

golpea y discute tratando de hallarle una explicación al absurdo. De allí ese aire litigante que rebasa la obra de Rojas Herazo. De allí esa magnificencia demoníaca de su estructura y su luminosidad. Siempre ha tenido frente a las cosas una actitud polémica. "A lover's quarell with the world" para decirlo con las palabras de Frost.

En ocasiones creemos que su poesía va a desembocar en esa inútil frondosidad verbal que distinguió y sigue distinguiendo a no pocos "poetas" colombianos y extranjeros. Pero el poeta conoce las limitaciones del lenguaje, y frena sin estridencias las palabras, produciendo efectos realmente mágicos, mostrándole al lector nuevos planos de significación y vitalismo. Aparentemente los poemas de Rojas Herazo sufren una desvertebración temática. Pero esta es, acaso, una de las facultades más extraordinarias del poeta. Una discontinuidad temática que fundamenta una riquísima unidad síquica. Música, ideas, sugerencias, asociaciones; todo se combina tras un altorrelieve de indiscutible orden lógico. Es el fenómeno que prima —atendiendo a la multitud de interpretaciones que pueda dársele a la obra de este eminente poeta, escritor y crítico— en el magisterio intelectual de Eliot. Especialmente en su poesía. Y más concretamente en *The Waste Land*. La consciente ruptura temática habilita poderosamente la claridad interna del poema, sostenida en la teoría de las asociaciones, creando en esta forma su perfección y grandeza.

Rojas Herazo acomoda el lenguaje a la realidad. Pero esa realidad no cobra, en modo alguno, esa deshidratación —sin que por este motivo la belleza literaria vaya a menoscabarse— que caracteriza la poesía de un Guillén (Cántico) o de un Cernuda (La Realidad y el Deseo). Tal disposición nace en los poetas antes citados, de una aptitud esencialmente geométrica y voluntaria. En cambio nuestro poeta prefigura la estabilidad de su intuición sobre la base de un acontecer que quiere luchar, medir sus fuerzas, dar profundidad a sus elementos. Desde este punto de vista, Rojas Herazo representa la liberalidad, la autonomía y originalidad de nuestro carácter. La realidad toma vuelo sobre un coro de minerales, formas de toda índole que saltan y se rebelan como hojas ardidas, árboles que echan sus raíces entre la piel y la desesperación, oleajes de luz y de sombra. Es la angustia, entonces, quien consigna en el poema esa categoría de amplitud expresiva. Es el desequilibrio mismo de la vida el que impone al artista el desequilibrio de las formas.

*Tres veces he sido golpeado duramente
y mi frente guarda la memoria de una espada
como relámpago atesorado por la raíz y la energía de mi saliva.
Llegas como oscuro caballo entre sudados símbolos
y un pájaro difunde tu sexo más allá de las hojas
y te extiende como un país de olor
sobre los objetos y los rostros que te aspiran callados.*

No solo en el mundo tremendo de sus pinturas muestra Rojas Herazo la potencia de su habilidad plástica. Su poesía desarrolla en función del lenguaje la mayor plasticidad que pueda verse actualmente en la poesía colombiana. Lo mismo ocurre en su prosa. Nada más atrayente en su novela *Respirando el verano* que ese virtuosismo para reintegrar a la frase

lo esencial del color y de la línea. Sin duda alguna estas condiciones de vigor, plasticidad y vehemencia literarias, están determinadas por razones de orden biológico. Rojas Herazo respira energía a diestra y siniestra. Parece como cincelado por una de sus metáforas. Mirando y oyendo a este poeta, un buen observador podría señalar fácilmente —aun sin leerlas y analizarlas— las características que conforman sus producciones. Es la identificación perfecta del hombre y su labor creadora. Ha arrancado a su cuerpo y a su ánima esa obra de aliento salvaje, y después de acariciarla brevemente, ha tenido que soltarla, porque le quemaba las manos con la suntuosidad de su nostalgia. El sabe adiestrar los elementos para que por sí mismos se ajusten y flexibilicen dentro del poema. Toda esa gama de sorpresas e iluminaciones que recorre sus trabajos está dosificada bajo el ritmo de un fervor martirizante. Unos a otros los versos se atropellan, se desnudan entre sí para dejarnos ver su entraña pavorosa, para hacernos saltar a la cara la ventisca de la amargura. Sus poemas solo es posible leerlos de un tirón, y a medida que avanzamos sobre ellos, van adquiriendo una densidad que punza y alucina, para dejarnos al final bajo una ardorosa extenuación. De pronto se dispara desde el papel una metáfora resuelta en adjetivaciones que nos muerden la sangre, que gira y se cuela más allá de los sentidos mismos. La complejidad de su técnica está marginada por la alquimia de la música y el sueño. Es una obra que se ha cuajado entre el dramatismo de lo que se pierde cada día y la fe de hallar luz en la sombra. Por eso habrá siempre que volver sobre ella, ya que al estar afianzada en el hombre mismo, ha de cambiar en cada instante y tornarse más amplia, más vigorosa, más verdadera. Solo una cosa queremos ratificar para contribuir a su mejor entendimiento: Su mundo es dúplice como la variación que regula el propósito de la estética, pero su resonancia es una, mágica y dolorosa, tallada por las manos de la inconformidad y la denuncia.